

## MÁS ALLÁ DE LA MORAL

¿Cómo puede mandarse el amor? Más aún, ¿cómo puede mandarse el amor a quien no vemos? o ¿a quien vemos pero nos resulta ingrato, desagradable y fastidioso? Y, sin embargo, ese amor a Dios y al prójimo, incluso al enemigo, constituyen para Jesús lo esencial del comportamiento que han de guardar sus discípulos.

La deriva moralizante de la Iglesia ha desvirtuado la fe cristiana. Hoy se escribe sin titubeos que la religión procede de la moral y que acaba siempre por convertirse en una moral frente a otras. Estoy convencido de que quienes así piensan proceden honestamente, pero están equivocados. A este craso error contribuye no poco la práctica habitual de la Jerarquía Eclesiástica, que se hace notar sobre todo por sus normas morales y las constantes prohibiciones de comportamientos que, al menos a primera vista, no parecen tan perversos como se nos quiere hacer ver.

Quizá el Papa y los Obispos pueden y deben en ocasiones prevenirnos contra el mal que no parece tal y salir al paso de actuaciones claramente atentatorias contra la vida y la dignidad de las personas, desde los no nacidos, sin olvidar nunca a los empobrecidos por la codicia y la indiferencia de los ricos. Si el discurso moral de la Iglesia fuese siempre de carácter positivo y a favor de la vida, creo que no habríamos llegado al descrédito en que nos movemos.

Pero el problema de fondo está en que hemos convertido el anuncio original y perpetuamente novedoso de Jesús, que es el amor de Dios a sus hijos y, en consecuencia, la igualdad y fraternidad de los hombres, en una serie de normas insoportables e impracticables. En un contexto social leguleyo y moralizante, se le pregunta a Jesús por el “mandamiento más importante” o principal y primero. Frente a los 248 preceptos positivos y 365 prohibiciones de la tradición judía, Jesús contesta, citando dos textos de la Ley mosaica, que todo se resume en el “amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente” y al “prójimo como a ti mismo”.

¿No deberíamos guardar un poco de silencio –al menos provisional- sobre temas discutidos y discutibles, sobre preceptos positivos que nadie va a seguir, sobre prohibiciones que únicamente irritan y desacreditan, sin renunciar de ningún modo a poner de relieve desde la propia vida y la palabra coherente lo que es esencial, es decir, la experiencia del amor de Dios y a Dios, el comportamiento solidario hacia los semejantes, sobre todo a los empobrecidos y marginados, y la defensa de la vida humana que es en sí misma el lado visible de la “gloria Dei”? El amor y comportamiento solidarios tienen formas bien concretas: no robar, no mentir, no maldecir, no violentar conciencias, ni tratar injustamente en los tribunales, respetar los derechos de los extranjeros, no odiar a nadie, etc.etc.

¿Y el amor a sí mismo del que también nos habla el evangelio? ¿No corremos el riesgo de absolutizar el “ego”, lo que por cierto ya se hace demasiado en nuestra sociedad? Al contrario, el amor a nosotros mismos como Dios nos ama y la valoración de la propia persona son raíz y fuente de amor a Dios y a nuestros semejantes. Ese amor, en cuanto elegidos y amados del Dios único, Padre amoroso, nos libera tanto del egoísmo insolidario, como de la autocomplacencia autosuficiente, como también de la autonegación victimista, que tantos conflictos psicológicos y sociales provoca.



Imagen de Sieger Köder